CAPITULO VII

EL PRIMER CONVENTO DE FRANCISCANOS EN EL JAPON Y LA SEGUNDA EMBAJADA

DE la relacion que acaba de leerse de San Pedro Bautista, se manifiesta claramente que el viage de los franciscanos al Japon, y especialmente á Meaco, centro de todo el imperio, donde habia hecho su residencia Taicosama Quavacundono, fué una bendicion del cielo para aquella pobre cristiandad. Esta debió ciertamente alegrarse no poco al ver honrados en tal manera á aquellos pobres religiosos, no solamente por toda clase de ciudadanos sino por aquel mismo Taicosama, que ardiendo antes en rabia contra la Santa Religion de Cristo, habia hecho destruir bárbaramente todas las iglesias que se habian levantando al culto del verdadero Dios con los sudores y padecimientos de los misioneros de la compañía de Jesus: los que precipitados á mantenerse lejos de su presencia, ó mejor dicho, ocultos á la vista de todos, rogaban incesantemente á Dios que viniera en su auxilio. Y Dios que es padre de todos los hombres no dejó de escucharlos, haciendo que los franciscanos fuesen á socorrerlos en aquella empresa no menos generosa que atrevida. Porque acercándose un dia al emperador Quavacundono y recibidos por él con muestras de extraordinaria benevolencia movidos sus corazones del espíritu del Señor, le manifestaron que los padres de la compañía, no eran delincuentes como se lo habia persuadido el impío Tacuino, por solo motivo de envidia, sino antes bien religiosos santos que viviendo segun las máximas del Sacrosanto Evangelio, que en nada dañaban al imperio sino antes bien cooperaban grandemente á su prosperidad, haciendo que todos prestaran obediencia á sus órdenes siempre que no estuviesen en contradiccion con la ley de Dios. Por lo que ardientemente le rogaban se sirviese derogar el edicto de proscripcion fulminando en su contra, dando así una muestra de que verdaderamente los amaba. Taicosama los oyó benignamente y dió gusto á aquellos humildes de San Fran-

cisco de Asis de que salieran francamente á aquel vasto campo apostólico, pudiendo junto con los franciscanos volver al cultivo de la mística viña del Señor, y por último derramar juntamente su sangre sobre el mismo altar, en solemne testimonio de la fé de Jesucristo.

Pero hacia seis meses que los religiosos menores moraban en Meaco, alojados en casa del Tungen, por órden del emperador, de quien era gran favorito; y aunque recibian todo género de honores sentian gran pena en su corazon por no existir todavia en esa ciudad un convento ni iglesia de su órden, donde reunir al culto público á los cristianos que de todas partes venian en su solicitud, y entregarse mas ligeramente á los ejercicios del apostolado. Pero muy pronto proveyó Dios á esta grande necesidad de sus humildes siervos. Porque encontrándose un dia con el emperador, cuando volvia á su palacio, saludándolo muy humildemente le rogaron recordase la promesa que les habia hecho en Nangolla, de proveer los de cuanto hubiesen menester; y contestándoles que lo tenia bien presente y estar dispuesto á cumplir su palabra, le dijeron los religiosos. Pues bien, Señor, nosotros os suplicamos ardientemente que os digneis concedernos un local en esta ciudad de Meaco á propósito para fundar un convento de nuestro instituto, del que tenemos suma necesidad y ademas una iglesia para hacer oracion á Dios y ejercer los sacrosantos oficios de nuestra religion. Lo que oido por el emperador les contestó muy amorosamente, tuviesen buen ánimo, porque si al momento no los habia contentado, le pesaba mucho que antes no le hubiesen dirijido esta peticion, siendo su voluntad proveerlos segun su estado en todas las necesidades de la vida. En efecto, sin la menor tardanza escribió al gobernador de Meaco lo que sigue: "Al momento dad á los padres de Luzon un local capáz de contener una casa y un templo para ellos, asignándoles igualmente una renta necesaria á su subsistencia; y lo quiero así porque son buenos religiosos y de ninguna manera perjudiciales á mi reyno" Así es que el gobernador, llamándolos á su presencia les comunicó el decreto imperial, agregando ser de su deber llevarlo inmediamente á efeato. Pero los padres habiéndole rogado diese de su parte las gracias á Taicosama, respondieron sin embargo no aceptaban otra cosa fuera del local para la ereccion del convento é iglesia; porque en cuanto á la renta por pequeña que fuese, les estaba prohibido por la

regla de su santo patriarca Francisco, el cual queria que sus hijos viviesen pobres como los pájaros en el aire. Ni sirvieron para mudarlos de parecer las persuaciones del gobernador, que insistiendo en que aceptasen las rentas, decia, que de otro modo no podrian vivir en la tierra del Japon.

A lo que le contestó al momento Pedro Bautista „A esto proveerá Dios Señor del cielo y de la tierra, que viste á los lirios del campo y hace lucir el sol que ha criado sobre los buenos y sobre los malos. Déjanos obrar á nosotros, y verás si es vana nuestra esperanza, Por lo demas, así como no te es permitido quebrantar las órdenes de tu rey Quavacundono, nosotros, debemos atenernos á las promesas hechas á nuestro rey Francisco de Asis, que nos está mirando desde el cielo.

A tales palabras nada replicó el gobernador; pero grandemente admirado dió cuenta de todo al emperador. Este, igualmente fuera de sí á tal ejemplo de abnegacion cristiana, que se manifestaba en aquellos pobres hijos de San Francisco, como cosa jamás vista en el Japon, mandó que en todo se hiciese la voluntad de los Padres de Luzon, diciendo no podia menos que ser éstos unos hombres santos, teniendo por cosa tan vil las riquezas de la tierra, y despreciando tan generosamente lo que se acostumbra llamar delicia de este mundo.

Concedido pues por el emperador el local para la fábrica del convento y de la Iglesia, para el uso de los franciscanos, y esparcida súbitamente dentro y fuera de Meaco aquella deliberacion de Taicosama, que en aquellos momentos tenia mucho de extraordinario, todos cristianos y gentiles se empeñaron á porfia en suministrar limosnas y otras cosas necesarias, adelantándose muchos genorosamente á prestarles servicios personales. El mismo emperador anduvo solícito en mandar á los religiosos una considerable suma de dinero, rogándoles la recibiesen bajo solo el título de limosna; lo mismo hizo el gobernador de la ciudad, el Tungen, su insigne bienhechor, y otros respetables personajes de la corte. Por lo cual Pedro Bautista, despues de haber tributado solemnes gracias al Señor en compañía de sus hermanos, hizo dar principio á la fábrica del convento y de la Iglesia, en medio del júbilo universal de todo el pueblo cristiano. Y ¡cosa maravillosa pero cierta! Aun en medio de las contínuas asechanzas de los envidiosos Bonzos, empeñados en contradecir esa empresa de tanto honor al culto católico, Pedro Bautista, en poco tiempo, ayudado

eficazmente de los santos religiosos Bartolomé Ruiz, Francisco de San Miguel y Gonzalo García, pudo llevar á efecto su proyecto hácia el mes de Setiembre de 1594.

Por cierto fué de grande importancia este acontecimiento para la Religion de Cristo, proscrita antes y encarnizadamente perseguida en las tierras del Japon; que de tal manera esta hija hermosa del cielo, único sosten de la pobre humanidad peregrinante en la tierra, se viese como por milagro, despues de tantos años de luto y de duelo, rehabilitada de las humillaciones padecidas, levantando nuevamente gozosa la cabeza, y dirigiendo su vista al rededor, pudiese ver á sus amados hijos, reunidos con toda libertad, nuevamente en un templo católico, levantado por los afanes de los humildes secuases del Serafin de amor en la misma ciudad capital de aquel vasto y poderosísimo imperio.

Edificada completamente la iglesia pensó Pedro Bautista darle un nombre que en virtud de su celebridad sirviese para eternizar aquel primero, aunque pobrísimo templo franciscano en el Japon. Y para conseguirlo, olvidada su patria, aunque tan distante de ella, dirigió su mirada á la bellísima Italia, fijándose su pensamiento en Asis, centro de la misma. Cerca de esta antigua ciudad, que es como quien dice la amada Jerusalen del Instituto Seráfico, en medio de una rica y sorprendente llanura se eleva el bello, grande y magestuoso templo de Santa María de los Angeles, "monumento levantado á la pobreza entre tantos consagrados al fausto" por el Santo Pontífice Pio V, obra del célebre Viñola. En medio del mismo, y propiamente bajo de la gran cúpula, se levanta la pequeña y modesta iglecita, llamada vulgarmente la *Porcíncula*, célebre en toda la cristiandad, pero que la eligió San Francisco por madre y cabeza de toda la órden seráfica, y por la que solicitó del cielo y del Romano Pontífice una indulgencia, cuyos ventajosos influjos á los pueblos, se extendieron bien pronto de una á la otra extremidad de la Europa. Y por lo tanto San Pedro Bautista, á imitacion de su gran patriarca, quiso fuese dedicada á la Reyna del cielo su primera iglesia del Japon, titulándola Santa María de los Angeles ó de Porcíncula. Y parece que la dulce Madre de Dios se complació desde el cielo de la tierna devocion de su fiel siervo: porque apenas colocada en el altar mayor una bella y grande imágen suya, súbitamente aparecieron sobre ella á presencia de

gran número de pueblo estas palabras "*Felice Jerusalem, ne suscitetis, ne-que evigilare faciatis dilectam, donec ipsa belit.*" Todos quedaron sumamente maravillados á vista de semejante milagro, pero mas los franciscanos, y especialmente San Pedro Bautista, que rogando fervorosamente al Señor, que se dignase manifestarle el significado de aquellas misteriosas palabras, recibió en una vision esta respuesta: "haberlo así obrado "Dios para darle á entender, que cuanto habia hecho en Meaco en provecho del culto católico, habia sido obra mas divina que humana.

Aproximándose entre tanto la festividad del gran patriarca de los pobres Francisco de Asís, dispusieron sus amados hijos del Japon celebrar en ese dia la fiesta de la dedicacion de la iglesia de Santa María de los Angeles de Meaco y así en efecto lo verificaron. Pero antes de describir este acto religioso, debemos para no cortar el hilo cronológico de la Historia, salir un poco del Japon, y volvernos á Manila, donde habia regresado el capitan Pedro Gonzalez de Carvajal con la relacion de la paz concluida por los franciscanos entre el Japon y las Filipinas, confiada como se ha dicho al santo comisario Pedro Bautista gefe de la embajada.

Llegado pues á Manila hácia la mitad del año 1593 el capitan Carvajal, y esparcida generalmente la consoladora noticia de que por medio de los humildes hijos de San Francisco enviados de embajadores á Taicosama Quavacundono se habiá celebrado una honrrosa paz entre ese Emperador y el virrey de las Filipinas, fuè grande y universal el júbilo de la ciudad, que despues de tantos meses de inquieta espera parecia volver á nueva vida; por lo cual poniéndose súbitamente de fiesta, y proclamando los Franciscanos por la voz general del pueblo libertadores de la Patria y beneméritos de la República, quiso se tributaran públicas y solemnes gracias al Altísimo por aquel acontecimiento tan fausto. En efecto el dia señalado, al melodioso sonido de los clarines, á las ruidosas salvas de la artillería y general repique de campanas, se cantó en la Iglesia Catedral de Manila un solemne *Te Deum* al Dios de la paz, con asistencia de inmenso pueblo y de todas las autoridades civiles, religiosas y militares de la ciudad. Pero Dios no permitió que el intrépido y valeroso Gomez Perez de Marinas, que tan eficazmente habia cooperado á la consecucion de tanto bien, mandando á los Franciscanos de Embajadores al Japon, pudiese entonces gozar aquellos suaves frutos, asistiendo con los

demas manilos á la fiesta; porque á la vuelta del capitan Pedro Gonzalez, habia ya fallecido con sentimiento general de la ciudad, sucediéndole en el empleo de gobernador y virrey de las Filipinas su mismo hijo D. Luis Perez de Marinas, caballero de la órden de Alcántara y page que habia sido del rey Felipe II. Dicho señor. animado de los mismos pensamientos y virtudes de su padre, á fin de hacer mas estable y duradera la paz concluida entre él y el emperador Taicosama, determinó mandarle segunda embajada, compuesta igualmente de franciscanos, á cuyo efecto se dirigió al ministro provincial de las Filipinas, que lo era el P. Pablo de Jesus; quien aunque al principio parecia no querer acomodarse al deseo del gobernador, por la suma necesidad que habia en aquel tiempo de religiosos; recordando despues las últimas palabras de la relacion mandada á Manila por San Pedro Bautista sobre que en el Japon era grande la miez y pocos los operarios, dispusó satisfacerlo señalando los cuatro religiosos que siguen, hijos todos de la regular observancia de España, los que con su doctrina y santidad aumentarian el esplendor de aquella naciente mision. Los elegidos fueron los venerables padres Fr. Marcelo de Rivadeneira, doctísimo catedrático de la Universidad de Salamanca. Fray Agustin Rodriguez, de no menor virtud y saber, de la provincia de Santiago, Fr. Gerónimo de Jesus ó de Castro, de nacion portugués, Santo hijo de la provincia de Granada y Fray Andrès de San Antonio de la provincia de Burgos

Dispuestas brevemente las cosas estos nuevos apóstoles de Jesucristo, recibida la bendicion de su superior, y los despachos y regalos que habian de hacerse al emperador Quavacundono, del gobernador de Manila, se embarcaron en un navío de comerciantes japones, y á 15 de Julio de 1594 se hicieron á la vela del puerto de Cavite. ¡Pero, ha cuán cierto es que á los gozos del corazon van unidos los dolores y el llanto! Estos cuatro hijos de San Francisco se habian puesto en viage con las mas alegres esperanzas, no tanto por la idea de ver dentro de poco y abrazar á sus amados hermanos, cuanto por el ardiente deseo de cooperar ellos tambien á dilatar la fé de Jesucristo en el Japon. Pero llegados á alta mar ó propiamente á la vista de la isla Formosa, el Padre Andrés de San Antonio, atacado de una grave enfermedad, espiró en brazos de sus compañeros, quienes dándole sepultura en el Oceano, y llenos de dolor vol-

vieron su corazon y miradas al cielo, buscando consuelo en aquel Dios, que tiene en su mano los destinos de los hombres y es árbitro de la vida y muerte de sus criaturas; ni faltó el Señor á darles á conocer lo agradable que le habia sido aquella sumision á su santísima voluntad. Porque tres japones infieles que se hallaban á bordo de la misma nave, movidos de aquel ejemplo de resignacion cristiana, y casi fuera de sí al mirar á los tres religiosos rogando tan afectuosamente por el alma de su difunto hermano, pidiendo en alta voz el bautismo, diciendo: no podia dejar de ser verdadera y santísima la religion de Cristo, cuando los que la seguian eran capaces de semejante heroismo. Y los religiosos abrazando tiernamente á esos sus nuevos hijos, comenzaron sin tardanza á instruirlos en la fé cristiana regenerándolos poco despues en las aguas del santo bautismo. Y de esta manera despues de cuarenta dias de navegacion, alternándose los gozos y dolores en medio de continuas tempestades, abordaron felizmente con el auxilio divino al puerto de Firando el 27 de Agosdel mismo año 1594.

Desembarcados en Firando y descansando algun poco los tres franciscanos Marcelo de Rivadeneira, Agustin Rodriguez y Gerónimo de Jesus en compañía de algunos japones nativos á Meaco se pusieron en camino para esa ciudad. Llegados á ella entre los aplausos de los cristianos y gentiles, y presentándose á S. Pedro Bautista como á su superior en aquel pais los condujo éste en persona á Fugimi ó Fuaimi hermosa grande y populosa ciudad, que el emperador habia edificado recientemente á pocas leguas de Meaco y donde en la actualidad residia. El cual sabido el arribo de la nueva embajada franciscana que le mandaba el virey de Manila, dió órden al gobernador de la ciudad de alojarlos en su casa hasta tanto que hubiera despachado á un alto personaje que por asuntos de estado mantenia en su palacio, lo que así se hizo. En este intermedio, que fué de algunos dias, no faltó alguno que trabajara de mil maneras en impedir á los franciscanos la entrada en la corte. Pero Dios, disipó los perversos designios de los enemigos de sus cielos; porque el mismo emperador preguntó por los misioneros, ordenando que inmediatamente se le presentasen. Y llegados á palacio hallaron segun la costumbre, ricamente vestido á Taicosama y sentado sobre un alto y magnífico trono, rodeado de los miembros de su familia y de los principales sujetos

de la corte. Hecha pues reverencia al emperador por los tres franciscanos, y habiéndole presentado los regalos de parte del gobernador de Manila (entre los que estaban, los dos gatos de Algalia y el pequeño perro de caza mandados pedir por conducto del capitan Gonzalez de Carbajal por el santo comisario Pedro Bautista), expusieron el fin de su venida de esta manera: "Luis Gomez de Marinas gobernador de Manila y virey de Luzon nos manda, Señor, con el fin de saludarte y afirmar mas la paz concluida ya prósperamente entre su difunto padre y tu imperio." Y dicho esto, le fué entregada la carta, rogándole que por algun intérprete fuera traducida á su lengua. Taicosama la tomó benignamente y dándola á traducir, ordenó que á los nuevos embajadores se enseñara su palacio que formaba en esa época una de las mas sorprendentes maravillas del Japon, despues de lo cual, dada á los misioneros conveniente respuesta que al momento se remitió al virey de las Filipinas, los convidó á comer en su mismo palacio sirviéndoles él mismo con mucha familiaridad y cariño. Finalmente dándoles las gracias por su venida y asegurándoles su buena voluntad de mantener la alianza con el nuevo virey de Luzon, los despidió, mandando á San Pedro Bautista que los alojase en su convento de Meaco como en efecto se hizo.

Habiendo pues vuelto los franciscanos de Fugimi á la capital del imperio á mediados de Septiembre, San Pedro Bautista de comun acuerdo, con los principales cristianos de la ciudad que le prestaron todo género de auxilios, solo pensó en celebrar de la manera mas magnífica que fuera posible la fiesta de la dedicacion de la nueva iglesia. En efecto, apenas rayó la aurora del cuatro de octubre, dia querido á todos los franciscanos como consagrado por la iglesia á la memoria de su glorioso padre, apareció el pequeño templo de Sta. María de los Angeles de Meaco, adornado de fiesta, lleno de flores y de multitud de brillantes luces y lo que es mas, lleno asi de gentiles como de cristianos, quienes á la noticia de tan alegre acontecimiento habian acudido de todas partes, aun de las mas distantes. Concluidas á medio dia las ceremonias religiosas de la dedicacion, celebró misa solemne S. Pedro Bautista, acompañado del canto de los religiosos y de la efusion de santos afectos de la multitud de fieles. En la tarde, hecha una devota procesion al rededor del templo con la Reyna de los ángeles, se expuso á la adoracion de los fieles el Santísimo cuerpo de

Cristo. Ninguna lengua podrá referir el contento de las almas, la santa alegria de los cristianos y la notable conmocion que en aquel momento se notó aun entre los gentiles, algunos de los cuales que por sola curiosidad habian concurrido, se hallaron con gran maravilla suya convertidos en perfectos cristianos. Esta era la vez primera que en un templo católico del Japon aparecía públicamente Cristo en el Sacramento y se exponian y revelaban libremente á los cristianos las ocultas bellezas y los arcanos de los mas sacrosantos dogmas de la Religion católica. Embriagados los fieles de santa alegria, se miraban confundidos adorando y bendiciendo á Dios, presente en el pan Eucarístico, y rogándole del fondo del corazon que disipase de toda su region las sacrílegas aras levantadas á las falsas deidades, y que todos conociesen en fin, al verdadero Dios del Cielo y de la Tierra, adhiriéndose á su Santa y divina religion. No faltó quien criticára á los franciscanos por aquel hecho, cual si hubiesen procedido locamente sin haber conseguido antes facultad y licencia del Emperador Taicosama; pero habiendo este concedido el lugar para la Iglesia y cooperado el mismo para su ereccion, es muy claro con solo esto que era su voluntad que en ella se celebrasen los misterios de la Religion católica único fin para que habia sido edificada. De todos modos, Dios bendijo desde el cielo á aquellos pobres hijos de San Francisco, que nada procuraban sino el verdadero bien de los pueblos; y con frecuentes milagros conservados en la memoria de los mismos cristianos de Meaco, y referidos por célebres y antiguos escritores, manifestó del modo mas solemne, lo agradable que le habian sido aquellos religiosos actos.

Para concluir este capítulo, nos parece oportuno copiar dos documentos que sirven mucho para confirmar cuanto arriba hemos escrito, y son tomados de dos relaciones publicadas en Manila por otros tantos cristianos de esa ciudad, que las hicieron al volver á su patria del Japon, donde vivian en ese tiempo en razon de su comercio. El primero dice así:

"Ya hacia muchos años que los pobres cristianos, especialmente de Meaco, deseaban tener una Iglesia donde reunirse á orar y para conseguirlo, no cesaban de suplicarlo fervorosamente al Señor, quien los oyó en fin. Por que en el mismo tiempo que allí morabamos, llegaron algunos religiosos de S. Francisco para grande utilidad de aquella atribulada Iglesia de Jesucristo; los cuales no solamente prestaron desde luego todo gé-

nero de auxilios á aquellos pobres fieles, sino que ayudados poderosa y visiblemente de Dios, consiguieron facultad y local para fundar dentro de la misma ciudad de Meaco un convento con iglesia capaz de contener mas de trescientas almas, en la que dijeron misa y depositaron el Sto. Cuerpo de Cristo con inmenso júbilo de todos los cristianos." El otro está concebido en los términos siguientes.

"En el tiempo en que morabamos en el Japon, sentiamos gran dolor en el alma por no poder aparecer cristianos sin grande peligro de la vida, y por que no nos era posible de ningun modo oir la palabra de Dios y el canto celestial de su Iglesia. Pero movido despues el Señor á compasion de nosotros miserables, hizo que de Luzon viniesen al Japon algunos menores de San Francisco que se llaman descalzos; y á quienes luego que vimos, quedamos llenos de júbilo, pareciéndonos contemplar en ellos al mismo Jesucristo en persona: ¡tanto así eran pobres y enteramente conforme á la vida apostólica! Estos religiosos hicieron cosas verdaderamente de prodigio. Por que muy pronto encontraron gracia del mismo emperador; quien si en los tiempos pasados habia perseguido ferozmente á los padres de la compañia de Jesus, acordó á aquellos amistad sustento y libertad de predicar el Evangelio en sus dominios, hasta llegar á concederles un lugar para servirse de él de la manera que mas les agradase. Y ¡cosa por cierto extraordinaria! fundaron allí muy pronto un convento con iglesia y dos hospitales, para recoger allí á los pobres leprosos y á todos los enfermos abandonados y necesitados de humano socorro de Meaco